

Leer hoy a Baltasar Gracián

Jesús M.^a Vallarino *

EN el espléndido cenit alcanzado por la lengua española durante el siglo XVII, en plena explosión barroca, sobresalen cuatro autores, auténticos genios literarios; Góngora, poeta lírico; Calderón de la Barca, poeta dramático; Quevedo poeta lírico y prosista; Gracián, únicamente prosista, competidor de Quevedo dentro del movimiento conceptista, que cifraba el secreto de la belleza en la agudeza del pensamiento, mostrando gusto especial por el juego de metáforas hiperbólicas, asociaciones sorprendidas de ideas, transiciones bruscas y contrastes violentos. Baltasar Gracián (1601-1658), natural de Belmonte de Calatayud (Zaragoza), estudió en el colegio de los jesuitas de Calatayud, ingresó en la Compañía de Jesús en 1619. Fue profesor de Humanidades, Filosofía, Teología Moral y Sagrada Escritura. Predicando en Valencia, anunció en cierta ocasión que abriría ante el auditorio una carta recibida del infierno, por lo que se le obligó a retractarse públicamente. Por haber publicado sin censura y con nombre supuesto obras «poco serias y muy alejadas de su profesión», fue reprendido disciplinariamente. Durante su estancia en Madrid, en 1640, pronto se impuso por su talento

* Jesuita. Profesor de Literatura. Colegio de Chamartín. Madrid.

y elocuencia. Alcanzó gran renombre como predicador y entabló vínculos de amistad en los círculos culturales más distinguidos y en los salones de la aristocracia. Como conversador excepcional, amigo de reuniones y tertulias, logró alcanzar un profundo conocimiento de los hombres, de donde provino su desolador pesimismo. Como capellán castrense en la batalla de Lérida, en 1646, enardeció con sus arengas a los combatientes contra los franceses y catalanes sublevados.

La obra maestra de Gracián es El Criticón: una alegoría prolongada, una novela filosófica en la que se mezclan la narración y la doctrina, el argumento y la sátira social, los personajes y la crítica, los símbolos y la cultura, los conceptos y el estilo. El Criticón recorre varios países (España, Francia, Alemania e Italia), con un hilo argumental filosófico: la niñez (primavera), la juventud (verano), la madurez (otoño) y la vejez (invierno). Niñez y juventud: engaño e ilusión, desenfreno e inconsciencia; madurez y vejez: desilusión, desengaño, amargura tras una visión desoladora de la vida. Dos son los protagonistas: Andrenio (hombre instintivo, vulgar) y Critilo (persona reflexiva, de juicio equilibrado) luchan en el mundo como símbolos de los instintos y de la razón, de lo espontáneo y lo reflexivo, de la pasión y de la voluntad. Gracián debió tener presente a los personajes del Quijote, por más que eluda citar a Cervantes.

Incomprensiblemente un tanto olvidado hoy día en España, está considerado como un portentoso genio de la literatura. Portentosamente sagaz, de una perspicacia a la que nada se esconde, de un poder analítico asombroso, capaz de descomponer una idea en mil cambiantes, deslumbra, además, el estilo de Gracián por la belleza en la acumulación de metáforas, sutilezas, frases troqueladas con una concisión increíble, convertidas en aforismos al encerrar más ideas que palabras. Sus primeros planos de retratos distorsionados constituyen un preclaro precedente del expresionismo y de los esperpentos valleinclanescos reflejados en los espejos cóncavos deformantes. Sus rasgos de humor amargo, a veces feroz, le sitúan entre los grandes maestros de la sátira.

La ideología de Gracián, plasmada en sus elaboradísimos conceptos, emerge de un desolador pesimismo, común a todos los barrocos conceptistas, basado en un profundo conocimiento del mundo, de la vida y del corazón humano. Asombrosamente sagaz, crítico, analítico, misántropo, no hay en él lugar para la emoción, todo lo llena la inteligencia sometida a su acritud feroz: falta de calor humano, de ternura, poseído de invencible náusea de desengaño ante las cosas y los hombres, aconseja el recelo y

la desconfianza para marchar por la vida. Tal concepción monstruosa del mundo y la humanidad constituye un eslabón fundamental para llegar a comprender la llamada «España negra», peculiaridad general de nuestro arte y nuestra literatura, que se inicia en la Edad Media con las *Danzas de la Muerte* y prosigue en el Renacimiento con *La Celestina*, el *Lazarillo* y la ascética, y en el Barroco con la picaresca, Quevedo, Velázquez, Gracián, continúa con el genio de Goya y desemboca en Baroja, Valle-Inclán, Solana, Regoyos y Camilo José Cela.

¿Leer hoy a Baltasar Gracián? Sí, aunque sólo recomendable a lectores de cierto nivel cultural, capaces de compensar el hostigamiento del ácido pesimismo con el disfrute de un estilo literario sobremanera exquisito.

En los siguientes textos escogidos se sentirá el lector plenamente identificado con su persuasiva ideología. Apenas dan opinión a un leve comentario.

Los aquí subrayados en **negrita** no son del autor.

Política

Dimitir a tiempo

EN España, de perenne —y a veces rabiosa— actualidad. Pero no sólo en la política. En ciertos niveles y estamentos sociales se debería insistir más en la oportunidad de retirarse a tiempo. En una empresa familiar, por ejemplo, suele llegar el momento en que la ilusión y creatividad de los hijos estén apremiando el relevo a la rutina y el cansancio de los padres, sin que ellos quieran percatarse de ello. Caso todavía más claro acontece en el deporte profesional. Suele haber un límite de edad que no puede sobrepasarse impunemente. Por ejemplo, un jugador de fútbol que haya alcanzado cierta celebridad, al sobrepasar los treinta años va dejando de ser indiscutible, frecuente cada vez más el «banquillo» de los suplentes y llega el día en que apenas le permiten pisar el campo de juego. Se podrían multiplicar los ejemplos que claman por seguir el consejo de Gracián:

«No aguardar a ser sol que se pone. Máxima es de cuerdos dejar las cosas antes que los dejen. Sepa uno hacer triunfo del mismo fenecer: que tal vez el mismo sol, a buen lucir, suele retirarse a una nube, porque no le vean caer, y deja en suspensión de si se puso o no se puso. Hurte el cuerpo a los ocasos, para no reventar de desaires; no

aguarde a que le vuelvan las espaldas: que le sepultarán vivo para el sentimiento, y muerto para la estimación. Jubila con tiempo el advertido al corredor caballo, y no aguarda a que cayendo levante la risa en medio de la carrera; rompe el espejo con tiempo y con astucia la belleza, y no con impaciencia, al ver su desengaño.»

Oráculo manual, 110

La verdad

EXPERIENCIA tan universal, que ahorra todo comentario:

«Advertid que la verdad en la boca es muy dulce, pero en el oído es muy amarga; para dicha no hay cosa más gustosa, pero para oída no hay cosa más desabrida. De modo que, en resonando el odioso cuerno de la verdad, veréis que el pariente os niega, el amigo se retira, el señor desfavorece, todo el mundo os deja, y todos van gritando: ¡A huir, a huir!, por no oír.»

*El Crítico*n, III, 3; II, 13

Políticos

EN pleno Siglo de Oro era manifiesto el descrédito de los políticos. Pero en nuestros días es mucho mayor. La corrupción ha aumentado en todos los países, facilitando el enriquecimiento personal de los gobernantes. Actualizar el texto siguiente requeriría completarlo con un notable número de casos denigrantes, harto comentados en los medios de comunicación. Al lector acudirán en tropel los nombres propios...:

«Vete a unos caprichosos políticos, amigos de peligrosas novedades, inventores de sutilezas mal fundadas, trastornándolo todo, no sólo no adquiriendo lo nuevo ni conservando lo viejo, pero perdiendo cuanto hay, dando al traste con un mundo, y aun con dos, todo perdición y quimera. Los poderosos dan los cargos y se apasionan por los que menos los merecen y positivamente los desmerecen, favorecen al ignorante, premian al adulador, ayudan al embustero, siempre adelantando los peores; y del más merecedor, ni memoria, cuanto menos voluntad.»

*El Crítico*n, III, 3; II, 6

Relaciones humanas

El aprecio y el amor

CONSEJO muy recomendable para toda clase de relaciones humanas, familiares, sociales, profesionales, políticas, etc. Particularmente, entre superiores e inferiores, padres e hijos, profesores y alumnos. Hay que señalar que no pocos fracasos en las tareas docentes se han debido a la inobservancia de la norma de Gracián, cuando el profesor, desde sus primeros contactos con los alumnos, se situó espontáneamente en su nivel de camaradería y trato afectivamente amistoso, plano inclinado hacia una paulatina erosión de su autoridad docente:

«Es felicidad juntar el aprecio con el afecto. No ser muy amado, para conservar el respeto: más atrevido es el amor que el odio; afición y veneración no se juntan bien; y aunque **no ha de ser uno muy temido ni muy querido**. El amor introduce la llaneza, y, al paso que ésta entra, sale la estimación. Sea amado antes apreciativamente, que afectivamente: que es amor muy de personas.»

Oráculo manual, 290

Conversación

REMEMORE el lector programas de radio y televisión: si se cumplió o no esta norma, y la correspondiente impresión, positiva o negativa, que dejó en su ánimo:

«Recréase el oído con la suave música, los ojos con las cosas hermosas, el olfato con las flores, el gusto con el convite; pero el entendimiento con la **erudita y discreta conversación** entre **tres o cuatro** amigos entendidos, y **no más**, porque en pasando de ahí, es **bullá y confusión**.»

El Criticón, III, 12

Comunidad

ATINADA observación que no admite excepciones, ni en el mundo cultural, ni en el político, ni en el religioso:

«En todas partes hay vulgo, y por atildada que sea una comunidad, hay ignorantes en ella que quieren hablar de todo y se meten a juzgar de las cosas sin tener punto de juicio.»

El Criticón, II, 5

Regla de oro para visitas

SI Vd., lector, ha sido más de una vez sujeto pasivo («víctima») de visitas inoportunas, piense que Vd. mismo, sin darse cuenta, puede llegar a ser sujeto activo («agresor»), si no observa a rajatabla esta regla:

«No sea entremetido y no será desairado. Estímese, si quiere que le estimen; sea antes avaro que pródigo de sí; **llegue deseado**, y será bien recibido; **nunca venga sino llamado**, ni vaya sino enviado. El que se empeña por sí, si sale mal, se carga todo el odio sobre sí; y, si sale bien, no consigue el agradecimiento. Es, el entremetido, terrero [montón de tierra] de desprecios, y, por lo mismo que se introduce con desverguenza, en tripulado en confusión.»

Oráculo manual, 284

Dejar con hambre

NO pocos políticos, conferenciantes, profesores, predicadores, guionistas de cine y televisión parecen desconocer o haber olvidado completamente esta otra regla de oro. ¡Y muy de oro!

«Hase de dejar en los labios aún con el néctar. Es el deseo medida de la estimación; hasta la material sed es treta de buen gusto picarla, pero no acabarla: **lo bueno, si poco, dos veces bueno**. Es grande la baja de la segunda vez; **hartazgos de agrado son peligrosos**: que ocasionan desprecio a la más eterna eminencia. Única regla de agradar: coger el apetito con hambre con que quedó. Si se ha de irritar, sea antes por la impaciencia del deseo, que por el enfado de la fruición: gústase al doble de la **felicidad penada**.»

Oráculo manual, 299

Literatura

Librería

MUCHOS contemporáneos no compartirán esta opinión, por retrógrada. Actualmente predominan el cine, la radio, la televisión, los deportes... Y sin embargo, sigue habiendo no pocas personas que mantienen con entusiasmo la misma ilusión de la lectura:

«¡Oh fruición del entendimiento! ¡Oh tesoro de la memoria, realce de la voluntad, satisfacción del alma, paraíso de la vida! Gusten otros los jardines, hagan otros banquetes, sigan éstos la caza, cébense aquéllos en el juego, rocen galas, traten de amores, atesoren riquezas, con todo género de gustos y de pasatiempos; que para mí **no hay gusto como el leer**, ni centro como una selecta librería.»

El Criticón, II, 4

Escribir una carta

A primera vista, opinión un tanto desfasada. Pero, en momentos críticos personales, resplandece su validez:

«Advertid que no hay otro saber en el mundo todo como el saber escribir una carta; y quien quisiere mandar, practique aquel importante aforismo: *Qui vult regnare, scribat, quien quiere reinar, escriba*.»

El Criticón, II, 12

Fama para papanatas

¿QUÉ diría hoy Gracián ante el acoso de la propaganda en los diversos medios de comunicación? Amplios sectores del arte se hallan en ostensible decadencia: Literatura, Escultura, Arquitectura, Pintura, Música... Con harta frecuencia, el arte ha dejado de ser «expresión de la belleza» para convertirse —en el mejor de los casos— en un mero alarde de técnica. ¡Mil vulgaridades!

«Vege al **Babel moderno** de los ocultos y afectados escritos, y cuyas obras son de tramoya, frases sin concepto, hojas sin fruto, tomos sin lomo, cuerpos sin alma, todo confusión y quimera.»

«¡Cuántos sujetos **sin valor y sin saber** son celebrados a esta traza!... Si dan en decir que una es linda, lo ha de ser, aunque sea un trasgo; si dan en que uno es sabio, se saldrá con ello, aunque sea un idiota; si en que es gran pintura, aunque sea un borrón. Y de éstas toparéis **mil vulgaridades**: tal es la tiranía de la afectada fama, la violencia del dar a entender todo lo contrario de lo que las cosas son. De suerte que hoy todo está en opinión y según como se toman las cosas.»

El Criticón, III, 3, 5

Españoles

GRACIÁN calificó a España de «agri-dulce». Este texto también lo es. La frase final nos descubre que su pesimismo sabe rendirse a las evidencias:

«La **Soberbia**, como primera en todo lo malo, cogió la delantera, topó con España, primera provincia de la Europa. Parecióla tan de su genio, que se perpetuó en ella; allí vive y allí reina con todos sus aliados: la estimación propia, el desprecio ajeno, el querer mandarlo todo y servir a nadie, hacer del Don Diego y vengo de los godos, el lucir, el campear, el alabarse, el hablar mucho, alto y hueco, la gravedad, el fausto, el brío, con todo género de presunción; y todo esto, desde el más noble al más plebeyo. Tienen tales virtudes como si no tuvieran vicios, y tienen tales vicios como si no tuviesen tan relevantes virtudes. Son muy allegados a la razón, pero arrimados a su dictamen; no son muy devotos, pero tenaces en su religión. Y **absolutamente es la primer nación de Europa**: odiada, porque envidiada.»

El Criticón, I, 13; II, 3

Reflexión espiritual

PODRÍA servir de glosa a las directrices de los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio:

«El rumiar de algunos de los brutos se admira y no se imita. ¡Qué gran cosa es aquello de volver a repasar segunda vez lo que la primera a medio masticar se tragó, aquel desmenuzar despacio lo que se devoró apriesa! Advirtiese, no en rumiar el pasto material de que se sustenta el cuerpo, sino el espiritual de que se alimenta el ánimo; que realizase más los pensamientos y entendiese que el saber era su comer, y las nobles noticias su alimento; que fuese sacando de los senos de la memoria las cosas y pasándolas al entedimiento; que rumiase bien lo que sin averiguar ni discurrir había tragado; que repasase muy despacio lo que de ligero concibió. Piense, medite, cave, ahonde y

pondere, vuelva una y otra vez a repasar y repensar las cosas, consulte lo que ha de decir y mucho más lo que ha de obrar.»

El Criticón, III, 6

Testimonios concluyentes

MENÉNDEZ Pelayo sobre la más famosa obra de Gracián:

«El que quiera hacerse dueño de las inagotables riquezas de nuestra lengua tiene todavía mucho que aprender en *El Criticón*, aun después de haber leído a Quevedo.»

Gracián traspasó muy pronto las fronteras. Gustaron de su lectura Voltaire, La Rochefoucauld, Goethe y, muy particularmente, Schopenhauer, que tradujo al alemán la obra *Oráculo manual y arte de ingenio*, y hubiera traducido *El Criticón*, de haber encontrado editor. Su testimonio no puede ser más elocuente:

«Mi escritor preferido es este filósofo, Gracián. He leído todas su obras. Su *Criticón* es para mí uno de los mejores libros del mundo.»

Frases de dos prestigiosos críticos españoles ayudarán a una reflexión final:

«Asombra la capacidad de ignorancia de lo que se posee como propio. Es decir, la renuncia voluntaria al nivel alcanzado, al que constituye lo que podemos llamar la mente española» (**Julián Marías**).

«Aquel placer de la crítica, que consistía en el descubrimiento de nuevos valores, está siendo sustituido cada vez más por el de recuperar olvidos injustos. Se trata de una labor mucho más ardua, que la mayoría de las veces recuerda aquello de la voz en el desierto» (**Rafael Conte**).